

LAS EDADES DEL HOMBRE(*)

Por FERNANDO DEL PINO Y DEL PINO

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

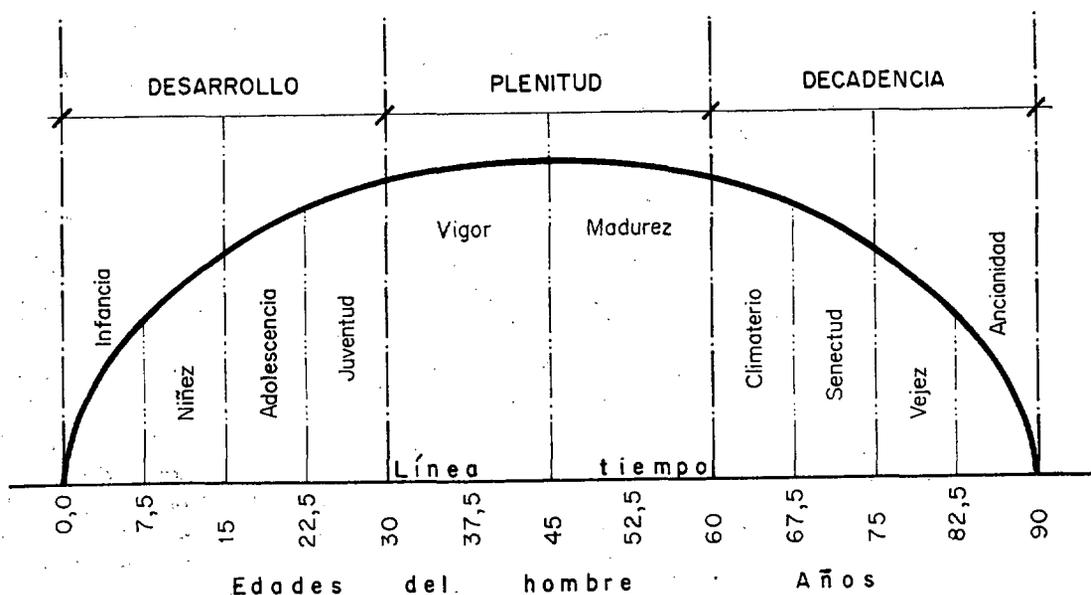
La vida del hombre es como un relámpago: brilla y se extingue. Unos relámpagos brillan más y otros menos; pero unos y otros se extinguen en seguida. "Toda carne, heno; y toda su gloria como flor de heno. Secose el heno y cayó la flor; pero la palabra de Dios permanece eternamente"; dice la Escritura. En uno de los pasados números de esta Revista escribí algo sobre el tiempo; sobre lo que pueda ser la esencia del tiempo; y ahora voy a ocuparme del tiempo en la vida del hombre, o de la vida del hombre en el tiempo. Poco tiempo, sin duda; aunque, a efectos dialécticos, acepte una existencia de

noventa años para el hombre, con lo que exagero sobre la media actual unos quince; pero esto sólo significa que la mayor parte de la Humanidad no llega a la vejez, cuyo umbral, en mi esquema, sitúo en los setenta y cinco.

Y vamos con el esquema; quiero decir con el gráfico que se me ha ocurrido como representación esquemática de la vida del ser humano a lo largo —a lo corto, más bien, debía haber escrito— de las diversas edades por que va pasando. Se trata de una *cicloide* (por cierto, construida geoméricamente, lo que es más sencillo que desde su ecuación) que me parece muy "apta" para que entre por la vista nuestra trayectoria vital.

(*) Se admiten comentarios sobre el presente artículo, que pueden remitirse a la Redacción de esta Revista hasta el 30 de abril de 1973.

Al nacer el hombre, arranca la curva con



tangente vertical. ¡Cómo salimos! Sigue la rama en fuerte ascenso, si bien su derivada va disminuyendo, con suavidad al principio y más deprisa después; hasta anularse al llegar al eje de la cicloide, al ápice de la vida, para invertir su sentido. A partir de ahí, el coeficiente angular de la tangente empieza a aumentar por modo acelerado en una marcha inversa y por completo simétrica a la ascensión anterior; terminando por caer verticalmente otra vez —la muerte— tal como empezó. A decir verdad, eso de la simetría no me deja muy tranquilo, porque no sé si desde el punto de vista biológico responde a la realidad; pero soy un profano en Biología, y que me perdonen quienes entiendan algo de tan apasionante ciencia. El hecho es que la representación queda muy “apañada” ¿no? y facilita los comentarios pertinentes al tema de las edades; pues el aire general de la curva —origen, desarrollo, plenitud, decadencia y final— se adapta bien a lo que quiere expresar. Y, apurando algo más el símil, cabría indicar que el punto generador de la cicloide (el hombre, en nuestro caso) sujeto al círculo de su vida —el “yo y mi circunstancia”, de Ortega— rueda sobre la línea del tiempo.

He marcado primero la división en tres grandes zonas: una ascensión recurrente hasta los treinta años, y no diré con el poeta lo de los amargos desengaños porque por fortuna no suele ser cierto, y sí lo es el desarrollo de la persona y de la personalidad que va adquiriendo sus características; etapa de las ilusiones y las esperanzas. Tras esa subida de la marea se llega a una especie de *estoa*, para seguir empleando términos marinos; es la *pleamar*, época óptima de plenitud de la vida, en que el tramo de curva se aproxima a una recta (da casi igual tener treinta y ocho años que cincuenta y dos) y tiene su tangente horizontal —el máximo— a los cuarenta y cinco; época de las ambiciones y los logros. Con la tercera fase, en la que se entra sin darse cuenta uno mismo, empieza la decadencia, el otoño vital (si no caen hojas se cae el pelo) se van apagando algunos fuegos, y se hace más fácil la reflexión desapasionada; fase de las jubilaciones y los renunciamientos. Con ella “se acabó la presente historia”.

* * *

El cuarto creciente, es decir aquí el “tercio”, se divide en dos partes bien diferenciadas de quince años cada una; las que, a su vez y con

toda facilidad, se subdividen en sendas mitades de siete y medio. (Huelga decir que todos los distinguos que tanto aquí como más adelante establezco son más o menos arbitrarios, de carácter general y valor medio). Hasta cumplir los siete años una criatura sigue sus impulsos naturales; y no me refiero sólo a los fisiológicos sino a los anímicos, espontáneos e irreflexivos, con toda candidez e inocencia. Encuentra normal el hacer lo que se le ocurre, ignora los peligros y no comprende que se pongan trabas a sus deseos; si le gustan mucho los bombones ¿por qué no atracarse de ellos? Por eso, desde edad temprana hay que enseñar al niño ¡pobrecillo! que no, que la vida no es eso, que hay que “comprimirse”, orientarle hacia la moderación, refrenar los instintos malos y hasta crueles a veces que empieza a mostrar. (¡Aún es pronto para explicarle que Rousseau fue un iluso!). Parece que la Pedagogía moderna exige comenzar la educación poco menos que en la cuna e incluso antes de nacer, aunque ello nos parezca exagerado. Lo que no tiene duda es que se hace necesario el contrariar algunas tendencias infantiles. Hasta que el chico cumple los siete años, la famosa “edad de razón”; de razón y de malicia, pues entonces empiezan las ocultaciones y las mentirillas. Alcanzado tal momento, el encauzarle en la vida ha de ser a base de reflexiones (aunque un cachete alguna vez no esté de más) ayudándole a distinguir por sí mismo lo bueno de lo malo y poniendo exquisito cuidado en no producirle traumas psíquicos. Complicado ¿eh? La educación es una cosa muy seria; si bien en este sector, como en otros muchos, haya algo de cuento hoy día. A todas éstas habrá empezado también la instrucción elemental —“general básica” se llama ahora— con la que el niño inicia la etapa, larga en los que continúen con estudios superiores, de adquirir conocimientos que le servirán para ganarse la vida y ser útil a la Sociedad. Con ello se asoma, al acabar esos prolegómenos de aprendizaje humanístico y científico, a las puertas de la adolescencia.

Período, este que comienza entonces, verdaderamente crucial, sobre todo en estos tiempos, y que coincide con la elección o adopción obligada por las circunstancias, de carrera, profesión, oficio o trabajo directo. Años peligrosos en extremo, que pueden ser decisivos para la vida del futuro hombre. (Y, antes de seguir con el sujeto, debo decir que esos primeros pasos

en la instrucción si no van acompañados por una formación ética, pueden ser, y lo son en muchos casos, perjudiciales para él; de lo que hay pruebas a montones). El septenado —también aquí es muy oportuna la subdivisión— que va desde los quince años a lo que antes era la mayoría de edad, rebajada algo ahora legalmente, constituye la orientación, en general definitiva, de un ser humano. La curiosidad por todos los aspectos de la existencia, la avidéz de conocimientos, la permeabilidad a cualquier clase de influencias (a las malas sobre todo) la inevitable falta de aplomo, las presiones del medio social en que se mueve..., todo contribuye a producir la inestabilidad en un espíritu adolescente; agravado ello muchas veces por la ilusión de lo contrario, la de estar seguro de tales o cuales cosas (hoy, aunque mañana sea de otras) que le hace cerrarse a la admisión de opiniones ajenas, que pudieran serle, beneficiosas, “porque es un hombre” y porque cuesta mucho trabajo el dar su brazo a torcer. Difícil por cierto ese período; y más en esta época en que aquello de respetar a los mayores en edad, saber y gobierno se considera nefando por muchos jovencuelos. En fin ¡que Dios les proteja! El mozo tiene que seguir adelante en todo caso, acometer su preparación para que cuando éche a andar por la vida lo haga con las máximas probabilidades de triunfar en ella, no encogerse, no amilanarse; pero no despistarse tampoco, no dejarse atraer por espejismos o fáciles alicientes falsos, mostrar constancia en el esfuerzo y empeño en la consecución del fin que se ha propuesto. ¡Qué falta suelen hacerle en tales circunstancias aquellos apoyos de los que está decidido a prescindir por mal entendido amor propio! Pero, mejor o peor, dando más o menos tumbos, van pasando esos años —en los que todas las generaciones sufren algunas “bajas”, muchachos que se extravían por sendas de perdición— y la adolescencia empalma con la juventud. Entonces ¡qué deseos!, ¡qué aspiraciones!, ¡qué impacencias! El joven está ya en condiciones de empezar la brega; ha terminado su carrera, ha entrado en una profesión, ha recorrido los primeros escalones de un oficio, ha realizado las prácticas elementales de un trabajo; y empieza a abrirse paso en el camino de su porvenir (a “realizarse”, como ahora dicen) en el desempeño de cargos modestos, puestos subalternos o labores secundarias que sirvan de rampa para ascender a tareas de mayor im-

portancia. El mundo se abre ante él, hay que conquistarlo, hay que establecerse, hay que “vivir”.

* * *

La plenitud es ese vivir. Los treinta años; edad en la que se empieza a ser verdadero hombre desde el punto de vista intelectual, casi siempre casado ya, con algún hijo, y contemplando la vida con seriedad (alguien ha dicho que el hombre no termina su educación hasta que se casa). Claro es que hay excepciones: las de quienes se empeñan en no tomar la vida en serio, para los cuales lo malo se presenta cuando la vida se empeña en tomarles en serio a ellos. Pero lo corriente es que el hombre esté ya establecido y haya fundado una familia; entonces comienza a vivir de verdad, es decir, aceptando sus responsabilidades; es la época en que se va adquiriendo estabilidad, a pesar de algunos apurillos económicos y de tener que acudir al “pluriempleo” en ocasiones. Va uno abriéndose paso, se amplía el campo de acción, se progresa en la carrera, o se mejora de situación. Son los años dorados de la existencia, en los que se afirma la personalidad, va el hombre aplomándose y acumulando experiencia; y hay que no desperdiciarlos. Es un error tremendo el amargárselos por algunas dificultades o algunos disgustillos. Ese lapso de treinta años, hasta los sesenta, en que el hombre se halla en plenas facultades, hay que aprovecharlo haciendo rendir a éstas todo su poder en beneficio propio y de la colectividad. Es un deber personal y social (“y el que no quiera trabajar tampoco coma” sentencia S. Pablo).

Es curioso que resulte difícil —a mí, al menos—, el subdividir esta época de plenitud como he hecho con las otras. Si la he partido en dos es porque así resulta al señalar el eje de la curva representativa, y lo de “vigor” y “madurez” lo he puesto más bien para rellenar el gráfico (sinceridad se llama esta figura); mas la gran diversidad de las circunstancias que pueden presentarse en ese desarrollo de las máximas actividades humanas impide el encasillarlas diferenciadamente entre tales o cuales edades. Claro es que hay “las generales de la ley”, que a medida que el tiempo pasa parece natural que se desempeñen cometidos cuya importancia aumente, tanto en responsabilidad como en consideraciones y remuneración; pero hace mucho tiempo que dejaron de existir los

gremios y están dejando de existir los escalafones. El ejercicio de cualquier profesión liberal, la dedicación particular a los negocios, muchas actuaciones comerciales, la constitución de las industrias y hasta de organismos de carácter administrativo, nada tienen que ver con aquella norma. La edad ha dejado de ser una categoría, e incluso la tendencia actual es más bien la contraria; lo que especialmente en el caso de trabajadores manuales ha llegado a constituir una preocupación gubernamental. Sobre todo, dada la competencia tan fuerte en muchos aspectos de nuestra sociedad de consumo, se aprecia más que nada —y ello es natural— la capacidad del individuo, sus conocimientos, sus cualidades humanas, su dedicación y hasta su simpatía personal. La debida ponderación de estas condiciones con las costumbres antiguas parece tener probabilidad de dar resultados óptimos. ¡Ah!, y no quisiera cerrar este apartado sin hacer una observación: se habla mucho ahora de “formación permanente” de —horrenda palabra— “reciclaje” y demás. Toda la vida, quien se ha dedicado a una profesión ha estado *recicándose* siempre con viajes, visitas, libros y revistas especializadas, para mantener al día sus conocimientos en cuanto le afectaba. Descubrir Mediterráneos, no.

* * *

Terminó la pleamar y empieza el reflujo (lo que ahora llaman “tercera edad”): es el descenso desde la anterior plenitud, imperceptible en su comienzo, mas que va acentuándose hasta el momento en que, casi siempre por comparación con personas más jóvenes, caemos en la cuenta de que nos hallamos en franca pendiente. Reconozco que he perdido memoria, lo noto; probablemente habré perdido también inteligencia, aunque no lo note ¡ahora, que lo notarán los demás!, y empieza uno a escamarse. Dicen que no, que el intelecto se conserva bien hasta muy tarde; pero no estoy muy seguro. Según un especialista en Geriátrica, a partir de los cuarenta y cinco años uno se dice “estoy haciéndome viejo”, sin creerlo demasiado; y a los sesenta se mira la vejez como una sombra que está ahí esperándonos. (He recogido esto porque confirma mi esquema gráfico.) Un gerontólogo norteamericano define la vejez como “un proceso progresivo de cambio desfavorable, de ordinario ligado al paso del tiempo, que tiene

lugar tras la madurez y acaba invariablemente en la muerte”. En verdad, esta definición podría ser de Perogrullo. Me encanta, en cambio, la que dio Azorín una vez que alguien le preguntó qué es la vejez: “Falta de curiosidad”, respondió el gran escritor. Recuerdo también un artículo delicioso de Mercedes Ballesteros titulado “La vieja ola”. Se ha escrito muchísimo, claro es, sobre el tema; pero lo más cierto que se ha dicho es que el joven puede morir, pero el viejo no puede vivir. Sin embargo, de esto, tras el haberse conseguido añadir años a la vida —el avance en ese sentido ha sido sensacional, sobre todo en lo que va de siglo— se está tratando ahora de añadir vida a los años, en lo que también se va ganando terreno, si bien hasta la fecha lo único que parece saberse es que la buena marcha del metabolismo en las personas de edad exige, a proporción, más ejercicio que en gente joven. Quizá la mejor receta en ese campo sea la muy antigua y en verso que reza: “Vida honesta y regalada / usar muy pocos remedios / y poner todos los medios / de no apurarse por nada”. (Y perdón por la falta de formalidad.) En todo caso se busca el evitar lo que hace bastantes siglos afirmaba un padre de la Iglesia: “El que pide vivir muchos años, ¿qué pide sino una larga enfermedad?”. Se quiere vivir más años y vivirlos mejor, sin tener que aguantar al final los alifafes y achaques de la vejez. Tal vez se logre, aunque a algunos ya no nos llegue a tiempo.

La última fase de la vida humana —la decadencia— puede también ser dividida por dos y por cuatro. Con la primera operación se separa una zona de actividad relativa (60-75) de otra ya, normalmente, de descanso total (75-90). Aquélla suele caracterizarse por el abandono, más o menos tardío, de cargos o situaciones que exigen dinamismo, para asumir otros más tranquilos de inspección, consejo o asesoramiento; y hacia su mitad —los 67,5— es corriente que se produzca el retiro de todo trabajo que necesite mucha actividad. La segunda parte de la fase, o sea, la del descanso total, presenta aspectos diversos, según la idiosincrasia de las personas; porque hay quienes no se resignan a ser viejos (al llegar a los 75 años todos lo somos) mal asunto que debe hacerles muy desgraciados, ya que el gran secreto es el saber envejecer, el resignarse con serena conformidad a disfrutar de las cosas que aún nos están permitidas: cultivar alguna afición, consolarnos con “hacer

que hacemos”, con la ilusión de que algunas veces todavía podemos ser útiles a los demás; y, sobre todo, gozar de la parte de salud que conservemos y de —en los que la tengan— la prole: hijos, nietos... Porque no es verdad el que los viejos (salvo el caso de grandes sufrimientos físicos o morales que lo disculparían) sean gruñones y egoístas; no tienen por qué serlo. Al contrario, más bien son comprensivos y saben disculpar muchos errores, quizá porque hayan pasado por ellos; muchas personas mejoran de carácter con la edad. De otra parte, los viejos ya no sienten “respetos humanos”, han perdido el miedo al prójimo, lo que les proporciona gran libertad de expresión y de conducta. Es fundamental que no se empeñen en parecer jóvenes, no hay que ocultar la propia edad. (Conocí a un señor —andaluz él y más que sesentón— que cuando le preguntaban cuántos años tenía contestaba con gracejo: “sin cuenta, hijo; sin cuenta”). Es, en general, propia de la vejez una cierta facultad de síntesis, acaso debida a que se mira las cosas *sub specie aeternitatis*, lo

que facilita la comprensión rápida de acontecimientos o situaciones que parecen complejos. También suele serlo la impaciencia, aun en niñedades, como si se temiera no tener tiempo de hacer ésto o aquéllo antes de morir. Los viejos, si han aprovechado los años para observar, tienen experiencia de la vida; pero hay quien llega a viejo sin haberse enterado de lo que importa. Y lo que importa es lo que el matemático y filósofo F. Gonseth llama una “evidencia tardía” —a él le llegó tarde al parecer: que el ser humano es, por naturaleza, un ser para lo moral (tomada esa expresión del magnífico libro de Vintila Horia, *Viaje a los centros de la Tierra*). Confieso que la subdivisión que pongo en los 82,5 años (vejez-ancianidad) es bastante artificiosa, y puede que sólo señale el peligro de empezar a chochear; por lo cual, antes de llegar a ese punto debemos parar mientes en lo que el Apóstol nos amonesta: que a medida que el hombre exterior se desmorona, el interior debe ir perfeccionándose —“a fin de que llegue a ser santo”, apostilla S. Agustín.